VARIEDADES

I

MONUMENTOS É HISTORIA DE TERMANCIA (1)

En un tratado (2) anterior á éste discurrí acerca de una colonia griega, la Emporitana, sita en el ameno golfo catalán de su nombre. Las páginas siguientes llamarán la atención del lector hacia las áridas y escarpadas sierras celtibéricas en el corazón de España.

Cunde de boca en boca, siempre glorioso, el nombre de Numancia; mientras que el de su hermana, Termancia, rara vez se pronuncia. Consta, sin embargo, que ésta, como aquélla, opuso fortísima resistencia á los Romanos, y que, aun después de la catástrofe de *la ciudad más heroica*, persistió en su denuedo. Al nombre de Numancia van enlazados los nobles de Escipión y de Polibio, suerte que no cupo á Termancia; y por esto la descripción de su fortaleza, caudillos, huestes y hazañas yace en la obscuridad y se reduce á muy breves líneas. Bueno será, de consiguiente, el intento de levantar, en cuanto fuere posible, una punta del velo que la encubre, exponiendo la topografía de tan valerosa ciudad, estudiando sus monumentos y combinando las noticias que de ella nos transmitieron los historiadores antiguos.

La situación de Termancia, indicada por la ermita de Santa

---

(1) *Termantia, eine Stadt der Keltiberen*, von Adolph Schulten (mit vier Abbildungen und zwei Kartenskizzen im Text). Con permiso del autor he traducido este artículo, publicado en Leipsick y en 1911 por la revista *Neue Jahrbücher für das klassische Altertumgeschichte und deutsche Literatur*, parte I, tomo XXVII, cuaderno 4.—Fidel Fita.

(2) *Ampurias, eine Griechenstadt am iberiochen Strande. (Neue Jahrb.*, 1907, XIX, 334 f.)

María de *Tiermes*, conocieron el anticuario Ambrosio de Morales en tiempo de Felipe II, y mucho más tarde, hacia el año 1780, el benemérito explorador de Numancia (1) D. Juan Loperráez (2); mas Termancia quedó, como ya dije, oculta y desvanecida ante el esplendor de su hermana. El primer autor que se ocupó detalladamente en examinar los aislados y solitarios restos de la ciudad Termestina, y no frecuentados ni conocidos, excepción hecha de los habitantes de la comarca, ha sido el profesor D. Nicolás Rabal, vecino de la ciudad de Soria, en cuya provincia la antigüedad imprimió tan imponentes huellas. En 1887, el profesor Rabal tuvo proporción de visitar aquellas ruinas, que describió por vez primera en el tomo XII del BOLETÍN de la Real Academia de la Historia (Junio de 1888, págs. 451-469), y luego en su libro, no poco útil, sobre los monumentos de la provincia de Soria (3). En esta obra se encuentran también algunas fotografías, por cierto bastante medianas, por él enviadas á dicha Academia. He logrado conocimiento de los originales, gracias á la intervención, siempre solícita, del venerable Director de la Academia D. Eduardo Saavedra, cuyos grandes merecimientos tuve ocasión de apreciar en otro lugar (4).

En el otoño de 1905, durante mi primera exploración de Numancia, examiné con el Sr. Koenen la localidad de Termancia y tomé sucinta nota de lo que vi y averigüé registrando los peñascos ocupados por la ciudad ibérica. Este registro me condujo al descubrimiento de un templo y de un epígrafe, ambos de época romana, y de cierta cantidad de fragmentos de alfarería ibérica, cubierta de pinturas; fragmentos que coincidieron con los de Numancia y me dieron á conocer que la cerámica celtíbera encontrada en Numancia se había igualmente extendido á las demás

(1) Véase mi Memoria titulada *Numantia* (Berlín, Weidmann, 1905), págs. 6 y 8.

(2) A Loperráez precedió Flórez (*España Sagrada*, tomo VII, págs. 281 y 282. Madrid, 1751), y siguió Cortés y López (*Diccionario geográfico-histórico*, tomo III, págs. 415 y 416. Madrid, 1836).—Nota de F. F.

(3) En la colección de Cortezo, *España. Sus Monumentos y Artes.—La provincia de Soria*, por N. Rabal, 1889, págs. 121, etc.

(4) *Numantia*, 1905, pág. 9.

poblaciones de este país. Valiéronme la brújula y la cinta métrica para delinear entonces el esbozo de la colina de la ciudad que figura en el plano I; y saqué además algunas fotografías (grabados 1-4). El plano es sólo provisional, pero el debido al Conde de Romanones ni siquiera permite atisbar los tres terraplenes que son característicos en la ciudad ibérica.

Á la ida y á la vuelta, pasando por esas mesetas que se extienden entre Termancia y el Duero y que se cortan por profundos valles, había yo tenido ocasión de conocer la topografía de todo aquel terreno que fué teatro de la desgraciada campaña que emprendió el cónsul Q. Pompeyo el año 141 A. de C. contra Termancia.

Terminada mi excursión á este lugar desierto, sobrevino otra que hizo un magnate ilustre, el Conde de Romanones, cuyo manejo con bastante frecuencia prepondera y tiene gran nombradía en la política actual de España. La caza de codornices, muy de su gusto y harto recreativa de los españoles, atrajo en Agosto de 1909 al Conde de Romanones hacia esta región, toda vez que, después del descubrimiento de Numancia, las excavaciones arqueológicas empezaron á estar de moda y á tomarse como un *sport* de la sociedad distinguida. El Conde, pues, como uno de tantos, tuvo por bien el sacrificar unos cuantos duros con el objeto de practicar una excavacioncilla en la planta baja de la ciudad antigua, donde los campesinos tropiezan constantemente con antiguallas. Su designio era, como suelen en semejantes indagaciones, lucirse los aficionados, sacar á la luz del día algún objeto antiguo, de los que ha descubierto, efectivamente, toda una monta—*Muchas codornices y un poco de arqueología:* así empieza Romanones su libro relativo á estos deportes arqueológicos (1). Sería preferible que renunciara completamente á la arqueología, y en cambio matase algunas codornices más. Lástima grande que dichas excavaciones, sin método, se emprendieran, y con tan po-

(1) *Las ruinas de Termes. Apuntes arqueológicos,* por el Conde de Romanones. Madrid. (Establ., etc., 1910. 24 páginas con plano y 6 planchas.)

bre objeto, que no hacían adelantar á la ciencia, sino que, al contrario, han destruído una parte de sus antigüedades. Digamos, no obstante, que el empeño no ha sido del todo inútil, porque le condujo á sacar algunas fotografías y un croquis de Termancia, que salieron á luz en el trabajo de referencia. Los grabados son lo que hay de más provechoso; el plano (¡sin escala!) es enteramente superficial y evidentemente hecho sin instrumento; el texto es absolutamente el de un aficionado. Lo extraño es que Romanones, al hablar de los que fueron á ver antes que él las ruinas de Termancia, no mencione á los arqueólogos alemanes que echaron allí el primer azadonazo de exploración.

Historia de Termancia.

El nombre de esta ciudad (1), con frecuencia lo repite Apiano, en pos de Polibio (2), ó de la mejor fuente histórica de las guerras celtibéricas. En el manuscrito del Vaticano, que es el más correcto, leemos una vez Τερμαντία (Iber. 76), dos veces (Iber. 77) Τερμεντία (y Τερμεντεῖς), mientras que la Vulgata escribe aquí Τερμαντία. En el capítulo 99, refiriendo los hechos de Didio en el año 98 A. de C., para lo cual utilizaba una fuente menos antigua, Apiano, variando el nombre, lo escribe Τερμησός. La misma forma se encuentra en Diodoro (XXXIII, 16, 1 Dindorf), quien llama á los habitantes Τερμήσσιοι. Diodoro, en su relato de la guerra Celtibérica, sigue á Posidonio; el cual, por su parte, se aprovechaba de Polibio (3), pero difiriendo y alejándose de él en muchos pormenores (4), como aquí acontece respecto del nombre

(1) Todos los testimonios están reunidos en Holder, *Altkelt. Sprachschatz*, pág. 1.797.

(2) Véase *Numantia*, 1905, pág. 85, etc.

(3) Como lo prueban las concordancias Polibio y Apiano, citadas en mi libro *Numantia*, 1905 (págs. 85-89 sobre Polibio, 87-89 sobre Apiano).

(4) Compárese, verbigracia: Strabón, pág. 162, donde Posidonio acerca de un suceso del año 152 entabla polémica contra Polibio, y además Diodoro, XXXIII, 17, con Apiano, 77, y Diodoro, XXXIII, 16, donde su relación es diversa de la de Apiano, 79, y habla ladeándose á bien sentir de

de Termancia. Ptolomeo, II, 6,55 y Plinio (N. h., III, 27) escriben *Termes*. Por cierto que en latín también se llama *Termeste*, siendo su étnico *Termestini:* Floro, III, 22, Salustio (Hist., II, 95 Maur.), Livio (Per. 54), Tácito (an. IV, 45), se avienen en proponer Termestini, así como varias inscripciones: CIL: XIII, 6236: domo Termestinus; Eph., epigr. VIII, pág. 364, Termest(ini). La misma forma de nombre, Termes, se ha conservado hasta nuestros días en el de la iglesia de *Santa María de Tiermes*, plaza fuerte que fué y descuella solitaria sobre las alturas de la antigua población ibérica, y es testimonio decisivo en pro de la forma *Termes*. La de Τερμησσός no es otra, por cierto, sino la de Termes, amoldada al idioma griego, así como Termeste es la forma latinizada por analogía con Ateste, Theveste, Tergeste. No puede, por consecuencia, negarse ni ponerse en duda que en boca de sus habitantes la ciudad se nombraba Termes. La forma Termancia con todo no ha de rehusarse. Está comprobada por excelentes fuentes y apoyada por la semejanza de otros nombres de lugar, que precisamente son numerosos en esta región y que se terminan en *antia*, *entia*, *untia*, *ontia*, como Numantia, Palantia (ciudad de los Vaccéos), Serguntia (Strabón, pág. 167), Segontia, (actualmente Sigüenza). Y dado que los nombres en *ant*, *ent*, *ont*, etc., parecen ser de origen ligúrico (1), y teniendo además en cuenta que por todas partes en la Península pirenaica se dejan ciertamente reconocer vestigios ligúricos (2), fuerza será deducir que en el nombre Termancia se ve la forma ligúrica preibérica, y en Termes una transformación ibérica (3). No son

---

Pompeyo sobre el tratado de paz concluído con Termancia y Numancia. Véase lo que más abajo diremos sobre este punto.

(1) Véase Müllendorf: *Deutsche Altertumskunde*, III, 187, y sobre todo D'Arbois de Jubainville, *Les premiers habitants de l'Europe*, IIe, 156-167. Véase también Holder, *Altkelt. Sprachschatz* sub voce-ant, pág. 158.

(2) En una Introducción á la obra que tengo escrita sobre mis excavaciones de Numancia, que pronto sacaré á luz, trataré de la Etnología prerromana de la Península ibérica. (V. mi artículo «Hispania» en la *Enciclopedia* de Pauly-Glissocia.)

(3) Semejantes transformaciones aparecen ó resultan de las leyendas numismáticas: *Nert(o)p(i)s, Q(o)nthr(e)pa*, correspondientes á Nertobriga y Contrebia. Véase Hübner, *Mon. Ling. Iber.*, núms. 87 y 100.

raros los nombres de localidades ibéricas terminadas en *es* (1). Yo llamo Cales, una población de los Calaicos (2), Caraves, ciudad de los Celtíberos (3) (en Apiano Iber. 43 Κάραουις) y las leyendas monetarias: Seqprices (Segobriga) (4), Hilauces (5), Irsones (6), Iscrkles (7), Hztces (8), Mentesa y Olesa (9), perteneciente también á esta lista.

Termantia aparece por primera vez en la historia corriendo el año 143 A. C., el primer año del Bellum Numantinum (143-133 A. C.). Por Apiano (10) sabemos que entonces solamente dos plazas fuertes de los Arévacos se resistían al poder de Roma, y que éstas eran Numancia y Termancia. La mayor parte de las poblaciones celtibéricas se habían ya sometido: unas, en 179 A. C. en manos de Ti. Sempronio Graco (11); las demás, en 152 A. C. en las de M. Marcelo (12); Numancia y Termancia habían conservado su independencia. Numancia había también, es cierto, ajustado la paz con Graco (13); pero en ese tratado había conservado su autonomía. Por esto, ni ella ni Termancia acuñaron monedas ibéricas, las cuales, como lo tengo demostrado en otro lugar, fueron propias de poblaciones ó vecindades sometidas á Roma. El hecho de que Termancia sola con Numancia no se hubiesen rendido pone de manifiesto su fortaleza. Más adelante Apiano (14) refiere que Q. Pompeyo, después de su ataque infructuoso contra Numancia (cap. 76), se había revuelto contra Termancia ὡς εὐχερέστερον

---

(1) Schuchhardt, *Iber. Deklination (Sitz. d. Wien. Akad.*, 1907, pág. 55) explica como de caso instrumental esta forma.
(2) Sallust., *Hist.* III, 43. (Maur.).
(3) Hübner, mon. Ling. Iber., núm. 71.
(4) Idem, núm. 89.
(5) Idem, núm. 75.
(6) Idem, núm. 54.
(7) Idem, núm. 8.
(8) Idem, núm. 61.
(9) Idem, págs. 236 y 154.
(10) Ibérica, 76.
(11) Apiano, ib., 43.
(12) Idem, ib., 50.
(13) Plut., *Tib. Gracchus*, 5.
(14) Cap. 77.

ἔργον: creyendo que sería menos arriesgada esta empresa; mas le salió fallida. No bien atacó la población, los termantinos le mataron 700 hombres, y luego desbarataron una columna romana de transportes y acorralaron, en fin, y rechazaron el ejército romano hacia una garganta muy escarpada (ἀπόκρημνα), de modo que una multitud de infantes y jinetes, despeñándose allí, perecieron. Triple buen éxito éste fué de una sola jornada. El día siguiente se libró una batalla en campo raso; pero aun de este lance salieron victoriosos los termantinos. Entonces Pompeyo renunció á combatir contra ellos, y quiso probar fortuna contra Malia, ciudad cuya situación ignoramos. Estas hazañas de los termantinos son confirmadas por el relato de Posidonio-Diodoro, XXXIII, 16. Contra la concordancia de tan excelentes fuentes nada vale la exposición de Livio, de la que nos ha sido conservada una frase del Epítome (54), diciendo: *Q. Pompeius cos. in Hispania Termestinos subegit.* Evidentemente, con esta frase Livio desfiguró la verdad. A fuer de Pompeyano, procuró defender á los antepasados del Gran Pompeyo y ocultar el baldón resultante á Q. Pompeyo por causa de la paz que ajustó con Numancia; paz para él vergonzosa y juzgada muy severamente por Apiano, cap. 79 (1). Los sucesos mencionados bien se colocan en el primer año de la guerra de Q. Pompeyo, 141 A. C. (2).

El teatro de los combates descritos se ha de considerar en las mesetas al Sur del Duero (véase el plano I) (3). Viniendo de Numancia, es decir, del Nordeste, no pudo menos de avanzar por encima de estas mesetas Pompeyo, marchando contra Terman-

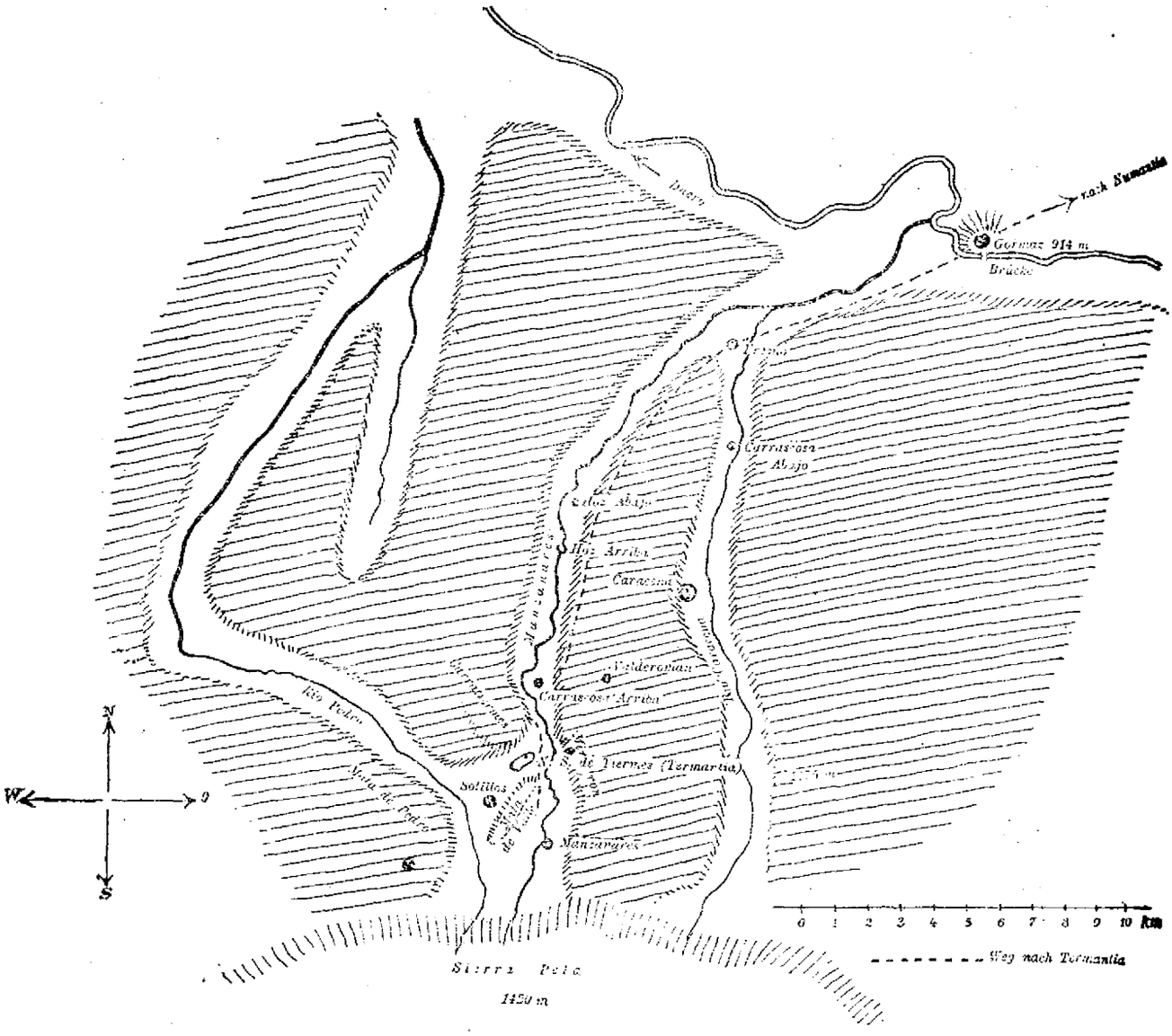
---

(1) Véase Kornemann, *Die. neue Liviusepitome* (1904), pág. 103.

(2) Pompeyo llega á España como cónsul en 141: su sucesor, Popilio Laenas, en 139. Toda vez que Apiano no menciona más que el último cuartel de invierno 140/139, no se puede con seguridad decidir cuál de las dos expediciones de Pompeyo cae en 141, cuál en 140. Mas puesto que Pompeyo, después de su campaña contra Termancia, se consumió é inutilizó por mucho tiempo frente á Numancia, debe haberse esto verificado ya en 141, inmediatamente después de la sobredicha intentona infructuosa contra la misma Numancia.

(3) El boceto se funda en el mapa de la provincia de Soria, por Coello (1 : 200.000).

cia, situada al Sudoeste. En esta región se encuentran esas gargantas escarpadas, que cuadran con el combate cerca de las ἀπόκρημνα. Podríamos pensar en la garganta del Manzanares, se-



PLANO I.

gún la cual las aldeas Hoz (=*faux*) de Arriba y de Abajo son nombradas, ó en la terrible garganta atravesada por el río Caracena, en la cual se encuentra la villa del mismo nombre (1).

(1) Nosotros anduvimos ahí por la tarde, siguiendo á poca distancia la senda que conduce desde Osma á Termancia. Las dos caras desnudas de la roca caen á pico en la profundidad, donde se encuentra Caracena con su castillo. Las que enfrente teníamos veíanse vivamente iluminadas por el sol poniente, mientras que la garganta estaba sepultada en profunda sombra; la región peñascosa y yerma con sus quebradas horrendas, y el vivo contraste de luz y de lobreguez, asemejábase á un paisaje lunar.

A pesar de sus triunfos, los termantinos y los numantinos se dirigieron á Pompeyo para pedirle la paz (1). La larga guerra érales carga insoportable. Según dice uno de nuestros cronistas, Diodoro, tras de haber entregado lo que de ellas se exigía—rehenes, mantas, pieles y caballos—las ciudades se arrepintieron de su condescendencia cuando fué menester satisfacer á las últimas exigencias ó de entregar las armas, y la guerra estalló de nuevo. Según Apiano lo afirma, Pompeyo fué quien rompió el pacto después que todo le fué entregado. No cabe duda ninguna en cuanto se refiere á saber á cual de los relatos debemos dar la preferencia. Polibio, á quien Apiano sigue aquí como siempre, sin consideraciones por la aristocracia romana dice la verdad; en Diodoro, al contrario, nos encontramos frente á Posidonio, el cual estaba en relaciones íntimas con el Gran Pompeyo, descendiente de Q. Pompeyo, y que por amistad hacia su protector procuró evitarle semejante mancilla (2). Entonces nuestra ciudad desaparece de la historia de la guerra numantina. Pudiera admitirse que, tras la caída de Numancia en 133 A. C., Termancia hubiese igualmente caído; pero Apiano, cap. c, refiere que después de la guerra de los cimbros T. Didio—que era cónsul en 98 A. C.—venció á los Arévacos y les mató 20.000 hombres, y que Termessos, gran ciudad «que había sido siempre hostil á los romanos», vióse obligada á transportarse de sus alturas á la llanura, siéndole prohibido cercarse de murallas. No se puede en ninguna manera dudar de la identidad entre Τερμησσός y Termantia. Termessos es una fortaleza poderosa y el último baluarte de los Arévacos; todo esto se aplica á Termantia, que después de la caída de Numancia era de hecho la única sobreviente. De lo cual resulta que Scipión se contentó con el aniquilamiento, por cierto comprado muy caro, de Numancia, que era el alma

(1) Véase Diodoro, XXXIII, 16, que, como Livio (Per., 54), menciona las dos ciudades. Apiano, 79, sólo hace mención de Numancia, y como queda demostrado más arriba, se aparta de Diodoro en otros detalles ó pormenores.

(2) La prueba de que Diodoro sigue á Posidonio la he dado en otro lugar. (Hermes, 1911, 598.)

misma de la resistencia, y dejó á Termancia en paz. En el caso de que él hubiera igualmente sometido á Termancia, seguro es que esta ciudad hubiese sido destruída como Numancia. Pero en 98 la vemos todavía como ciudad fortificada y descollando sobre sus rocas. No es una gloria para Scipión el no haber exterminado completamente á los celtíberos, sino el haber dejado subsistir, como el tiempo lo demostró, una ciudad aún peligrosísima, contentándose con triunfar en Numancia. Scipión, por cierto, no creería que la resistencia de los termantinos fuese domada; porque si bien ellos en 140 habían querido hacer paces, no estaban, sin embargo, aniquilados ni subyugados, y la experiencia había demostrado con bastante frecuencia que entre los iberos una chispa obreviviente de rebeldía podía volver á encender la guerra (1). Esta fué la que ardió el año 98 A. C. cuando Didio no trataba solamente de sujetar á Termancia, sino que hubo de detenerse nueve meses enfrente de Kolenda, y cuando gracias únicamente á una cobarde perfidia se apoderó de una tercera población (cuyo nombre calla Apiano, cap. c). Pero ni aun entonces sucumbieron Termancia y los celtíberos. Sertorio, presentándose á los iberos como su jefe, vino á suscitar una nueva guerra de diez años. Entre las poblaciones que á la sazón se sublevaron contra Roma se nombra Termeste (2), es decir, Termantia.

Por última vez el nombre de los termantinos aparece en los anales de la época Imperial. Tácito (Anales, IV, 45) refiere que en el año 25 A. D. un termantino mató al gobernador Pisón por haberle éste castigado, así como á sus cómplices, por malversación de caudales pertenecientes al municipio: *acrius quam ut tolerarent barbari.* Sometido á la tortura é interrogado sobre los nombres de sus cómplices, el bárbaro se negó constantemente á hacer ninguna declaración y se lanzó cabeza abajo, estrellándose

---

(1) Polibio había dado (XXXV, 1) á la guerra celtibérica el nombre de «πύρινος πόλεμος», que como un fuego mal extinguido, cobijado debajo de la ceniza, puede siempre recobrar vigor y espaciarse de nuevo.

(2) Floro, II, 10: Osca, Termeste, Ulia, Valentia, Auxuma, Calagurris.

en una roca, por manera que quedó muerto en el acto. ¡He aquí dos rasgos característicos de la tenacidad ibera expresados en breves líneas! Primeramente, el asesinato vindicativo de una pena excesiva, luego el horrible suicidio por no nombrar á sus cómplices. ¡Toda la altivez y la fiereza de los celtíberos, están bien retratadas por este suceso!

Alrededores de Termancia (1).

Cuando no ha mucho tiempo la situación de Numancia era incierta, y sólo con el descubrimiento de la ciudad ibérica y del cerco de Scipión ha sido comprobada, sabíase ya que la ermita de Santa María de Tiermes, cerca del pueblo de Carrascosa de Arriba, sita en la parte Sudoeste de la provincia de Soria, así como las ruinas allí existentes, eran indicio de una ciudad ibérico-romana, reducible á la antigua Termes. El hecho de que el nombre de una ermita recuerde más de una vez el local de una antigua ciudad, se comprueba por numerosos ejemplos, tanto en Italia como en España y Portugal (2). En casi todos los Castros portugueses que representan antiguas ciudades ibéricas se cumple este requisito, designándose por esta razón la mayor parte de ellos con el nombre de un santo (Castro de Santa Lucía, Santa Olaya, etc.).

Termancia está situada sobre un espolón de la sierra de Guadarrama, avanzando al Norte y bajando hacia el Duero á 1.150 metros sobre el nivel del mar. Pero Termancia no está precisamente sobre la meseta, sino en uno de los valles profundamente abiertos, donde corren, tomando su origen al pie de la montaña, varios riachuelos que desembocan en el Duero. El valle es el del Manzanares. Este nace en la sierra Bordega, uno de los estribos de la de Guadarrama; pasa enfrente de la población tras un curso de cerca de 7 kilómetros; se desvía en seguida, recorriendo un valle fuertemente encajonado á través de estepares desiertos, y des-

(1) Véase el plano I.
(2) Véase *Numantia*, 1905, pág. 13, nota 1.

agua, por fin, en el Duero, algo más abajo de Gormaz, renombrado por su fortaleza árabe. Paralelamente al Manzanarez corren, al Oeste el río Pedro y al Este el Caracena. Sobre la parte de la meseta limitada por los valles del Caracena y del Manzanares pasa, viniendo de Numancia al Nordeste, la senda que conduce á Termancia. La distancia desde Numancia á Termancia es de cerca de 75 kilómetros; así que un ejército romano necesitaba tres días de marcha para recorrerla. Desde Numancia á Osma (la antigua Uxama), se empieza por seguir la antigua vía romana, pasando por la meseta de Villaciervos. A partir de Osma se abre una bifurcación que conduce á Termes y á Segovia, se alcanza en Gormaz el Duero y se cruza este río por un antiguo puente. Desde este punto, teniendo á su izquierda el valle de Caracena, dejando á la derecha el valle del Manzanares (designado por los pueblos de Hoz de Abajo y de Arriba), se atraviesan en primer término la meseta, y en último lugar, tras cinco horas de cabalgar, se baja al valle del Manzanares para llegar á *Carrascosa de Arriba*, que es el pueblo más cercano á Termancia. La meseta entre las dos gargantas es completamente llana, de modo que no se ven los precipicios escarpados sino cuando se está enfrente de ellos. Estos valles que cortan una meseta enteramente aplanada, me traían vivamente á la memoria las del Sur de la Etruria, donde las llanuras de toba se ven cortadas en todas direcciones por gargantas hondísimas. La meseta carece casi absolutamente de vegetación, salvo la de alguno que otro robledal y matas de enebro, que aumentan el aspecto desapacible de tan melancólica región. Es un verdadero paisaje ibérico en consonancia con la fiereza del pueblo, que en estas soledades defendía su patria. Los ríos son el único elemento vital de este desolado yermo. Mientras que en la meseta, barrida durante una gran parte del año por el cierzo, ninguna vegetación, si no es la de los jarales raquíticos puede prosperar, no acontece así á lo largo de los ríos ni en las pendientes, que dan bastante sombra de copuda arboleda á las honduras del valle. Pocos y miserables son los pueblos de la región, asentados en la vecindad de las corrientes acuáticas; y éstas

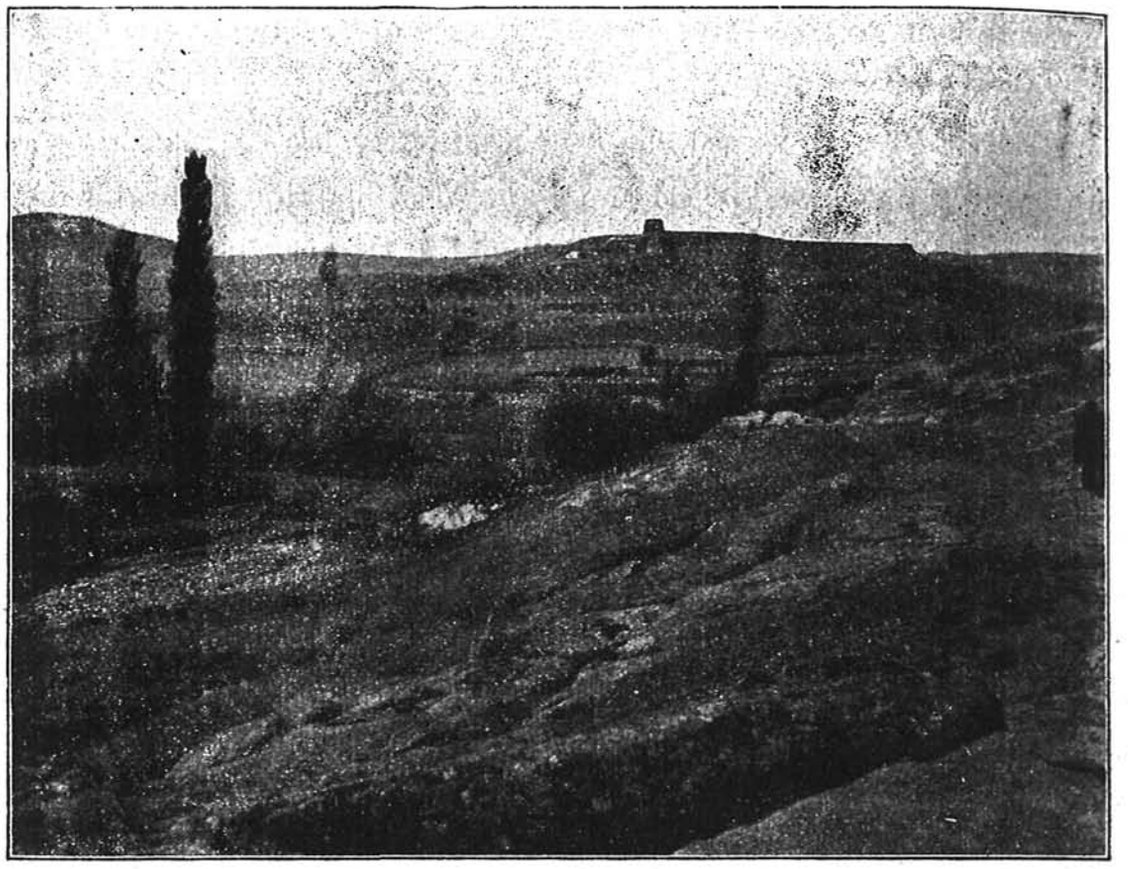
se aprovechan para cultivar huertas que rindan copiosos frutos. Como el jinete que, atravesando el desierto, respira al vislumbrar desde lejos las palmeras que le anuncian un oasis, así nosotros nos reanimábamos cuando tras una larga cabalgata por aquellos páramos veíamos, por fin, asomar el ameno verdor que revelaba la proximidad de una aldea.

Á partir de Carrascosa, así nombrada por los carrascales que su comarca produce, quedábanos aún la obligación de andar media hora de penoso camino hasta llegar á Termancia. La carretera toma la dirección Sur á lo largo del Manzanares, trecho correspondiente á la sobredicha vía romana, que conduce á Segovia. Después de tres kilómetros, la antigua vía se separa hacia el Oeste y penetra por un desfiladero angosto, pero artificialmente ensanchado en el fondo de un valle bastante extenso y de figura circular, que rodean ásperos cerros. Desde allí se destaca con pendiente suave un altozano de asperón rojo, como lo muestra el grabado de la página siguiente (1), que representa su perspectiva oriental, en cuyo lado hacia el borde de la cumbre vemos erguirse la ermita de *Santa María de Tiermes*. El santuario venerable se labró por el estilo de muchas iglesias de esta región; por ejemplo, la de la colina de Numancia, que fué construída en el primer tercio del siglo XIII (2). No existiendo dato alguno que atestigüe la repoblación de aquella localidad, propendo á creer que el culto de la Virgen Santísima allí establecido, tuvo su precedente en el de alguna divinidad pagana, que la Iglesia cristiana abolió, sustituyéndole el de adoración al único Dios verdadero y el de veneración á Nuestra Señora. Lo cierto es que una vez al año solamente, el 15 de Mayo, cuando la primavera hace sentir su blando aliento esparciendo flores sobre estas alturas inhospitalarias, les da desusada vida por ser este el día festivo de Nuestra Señora de Tiermes. De todos los pueblos á la redonda los al-

(1) En él se ve lo primero el río Manzanares; detrás la suave elevación de la colina por el lado del Este; encima, la iglesia, y á la derecha, detrás, los tres terraplenes de la colina.

(2) Según Rabal (op. cit., pág. 104), en la fachada meridional de esta ermita se marcó el año de la fundación: MCCXXXI (1231).

deanos acuden en masa para orar en la ermita, y en seguida comer y regocijarse sobre los verdes céspedes ó debajo del vasto pórtico. Apiñados ex-votos, testigos de una fe sincera (1), cuel-



TERMENTIA, VISTA DESDE EL ORIENTE

gan en las paredes del santuario; y por ellos se puede reconocer la continuación de las antiguas costumbres de un culto votivo, que no por haber variado de objeto deja de ser perenne. Por desgracia esta ermita no presenta al investigador, como la de Garray (Numancia), inscripciones y restos arquitectónicos de construcción romana.

La peña es de asperón rojo, destacándose, como ya lo previne, en su pendiente oriental, la ermita. Tiene de largo su meseta unos 500 metros y de ancho 300; al paso que en la de Numan-

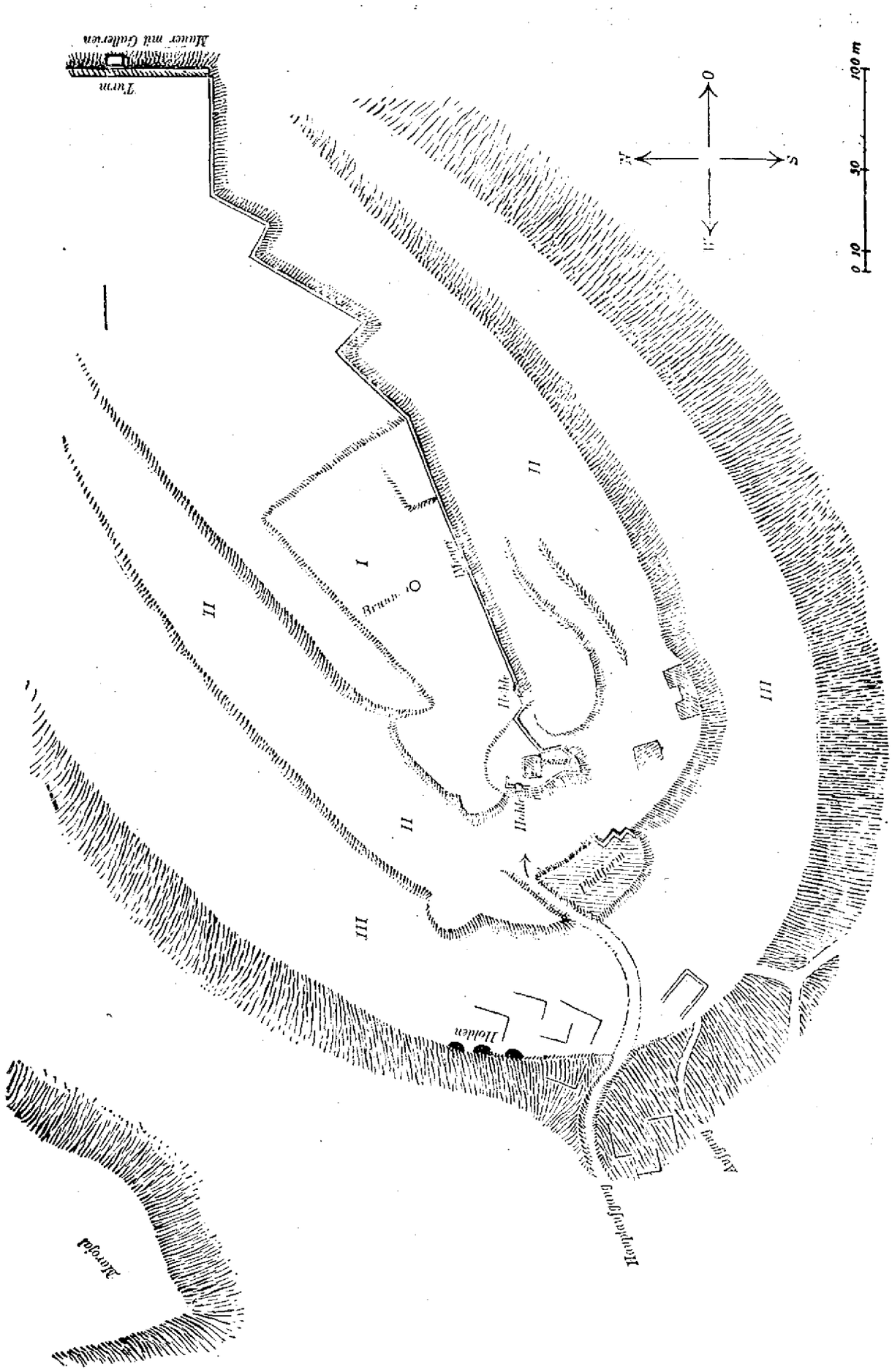
(1) Moldeados en cera, tales son ojos, caras, brazos, piernas y todos los demás miembros decorosos del cuerpo humano, sin que falten cabelleras mujeriles, largas y negras como la pez, ni tampoco el uniforme de un soldado que, regresando felizmente á su casa de vuelta de Cuba, lo dió en ofrenda de piadoso agradecimiento á la Virgen.

cia se cuentan 400 × 270. Su suelo abarca aproximadamente once hectáreas (1), el de Numancia siete. El eje mayor del perímetro corre de Este á Oeste. Tres lados tiene la colina cortados á pico sobre el valle en línea perpendicular de 40 metros; únicamente el lado oriental baja en declive hasta la ribera del Manzanares, y por él solamente la cumbre se hace accesible.

La colina elévase en medio de un ancho y verde fondo de valle, dilatación que proviene de abocarse allí los cauces del Manzanares y del Pedro. Los cerros que lo circuyen están cortados á pico como los escarpes de las colinas, dando á toda la llanura un aspecto de severidad imponente. Mirándolo bien, pronto se reconoce que el peñasco de Termes estuvo primitivamente unido á estas rocas, y que sufriendo lenta erosión causada por las corrientes del agua, quedó aislado. Distinguen el cerco, al Norte las alturas de Caratiermes, que pertenecen al municipio de Carrascosa de Arriba; al Este el Cerro de los Castros, perteneciente á Carrascosa, y el Mirón propio del pueblo de Valderromán; al Sur, la larga Mata del Valle de Manzanares y el Cerro Bordega, éste y aquélla del municipio de Sotillo; y, por fin, al Sudoeste la colina Mata del Pedro, y de nuevo al Oeste las alturas pertenecientes á Carrascosa. Desde por encima y detrás de las alturas meridionales se divisan en lontananza la Sierra Pela, que es parte de la de Guadarrama, y separa de la provincia de Soria las de Guadalajara y Segovia. Su altura en el Pico de Grado, es de 1.470 metros sobre el nivel del mar; la de la ermita de Termancia, 1.175, y algo menor la de la meseta de Numancia, que no excede de 1.073 (2). Los cerros que rodean el valle forman su muralla natural. Las pendientes son inaccesibles á un ejército, por manera que no le sería posible penetrar en él por los intersticios de esta corona de montañas. Estas entradas naturales son las siguientes: Al Sudoeste, el Manzanares penetra por

(1) Todos estos datos pueden ser sólo provisionales.

(2) La dimensión de estas dos alturas las he tomado de la excelente Memoria de la Comisión del Mapa Geológico de España, que se intitula *Descripción física, geológica y agrológica de la provincia de Soria*, por P. Palacios (Madrid, 1890), pág. 67.


Mauer mit Gräben
Turm
Brunn
Graben
Hohlweg
Platform
Holzen
Haupteingang
Aufgang
Aerogel
I
II
III
O
S
N
W
0 10 30 100 m

PLANO II.

un desfiladero en el valle para abandonarlo poco después atravesando el otro desfiladero, antes citado, al Nordeste. Á esta entrada del Nordeste, y á la opuesta del Sudeste, corresponden sendas puertas de la ciudad romana, la cual tiene su asiento en el valle. De su «Puerta del Sol» ú oriental, permanecen cortaduras en la roca, practicadas para mayor defensa, un poco al Oeste del Manzanares. Otros dos desfiladeros se dirigen hacia la otra «Puerta», dando paso á la entrada y salida del río Pedro, con orientación de Nordoeste al Sudoeste. Advertiré, por último, que en el ángulo Nordoeste del valle sobre el río Pedro se encuentra el pueblo de Sotillos.

(Concluirá.)

ADOLFO SCHULTEN,
Correspondiente.

II

EL BARÓN DE TOURTOULON

La Academia se ha enterado con pena del fallecimiento, ocurrido recientemente en Aix-en-Provence (Francia), de su ilustre Correspondiente el Barón de Tourtoulon, tan conocido y respetado en el mundo sabio allá y aquí. Filólogo, genealogista é historiador notable, Carlos-Juan-María de Tourtoulon había nacido en Montpellier el 12 de Octubre de 1836, se consagró desde la juventud á la investigación histórica, y cuando apenas tenía veinticinco años, publicaba sus primeros trabajos sobre la nobleza del Languedoc. Por los que consagró á nuestro D. Jaime I, *el Conquistador*, le nombró la Academia su Correspondiente extranjero el 16 de Octubre de 1863, hace ahora medio siglo. Sus obras principales fueron: *Notes pour servir aux Nobiliaires de Montpellier* (Montpellier, 1856, en 8.°); *De la Noblesse dans ses rapports avec nos mœurs et nos institutions* (París, 1857, en 12.°);